

Reformas y reformistas en China,

por Nicolás Merino.

Ha sido una creencia muy generalizada la de que los chinos, si bien en la antigüedad aventajaron á otros pueblos en el cultivo de las ciencias naturales y filosóficas y en otros muchos ramos del humano saber, esto lo hicieron llegando, por decirlo así, al límite de su perfectibilidad, agotando todas sus fuerzas y energías é incapacitándose para aumentar con nuevos adelantos y con nuevas conquistas y aplicaciones científicas el limitado caudal de sus conocimientos. Y, en efecto, la nota característica del pueblo chino, por espacio de muchas centurias, ha sido la infecundidad..... intelectual; la carencia absoluta de iniciativa propia. Muy orgullosos y pagados de su civilización, y enamorados de la soledad y aislamiento, hasta el extremo de evitar cuidadosamente y con desdén toda clase de contacto con el resto del mundo civilizado, los chinos han permanecido, todo ese tiempo, estacionarios y como sumidos en un lastimoso estado de sopor y de inconsciencia. Esto, unido al arraigo que tienen en el Celeste Imperio las tendencias conservadoras, y á la pintura grotesca que muchos viajeros suelen hacer del pobre chino, callando las buenas cualidades que posee y poniendo de relieve únicamente sus defectos en largos capítulos que nos hablen de «enervamiento de la raza china, estragos del opio, escualidez que producen sus effuvios, etc.», ha contribuído, de una manera poderosa, á generalizar aquella creencia tan desfavorable á la capacidad progresiva de los celestes.

Mas si hasta ahora, y por las razones apuntadas, ha podido pasar como buena y correr con visos de verdad la especie de que la raza china había dado de sí cuanto tenía que dar, hoy, sin notable injusticia y sin cerrar los ojos á la luz de la evi-

dencia, ya no puede ponerse en tela de juicio la capacidad de los chinos para alternar con los demás mortales en todo lo que significan las palabras adelanto y progreso. Con esto no quiero decir que el estado actual de la civilización china esté á la misma altura ni pueda compararse con la de los pueblos que entran á formar parte integrante de lo que, por mal nombre, se llama «concierto de las naciones civilizadas». Mi intención es solamente hacer notar que las aptitudes y energías para ulteriores adelantos, que ó se suponían gastadas ó no se reconocían en los chinos, están dando inequívocas señales de una vida lozana y vigorosa y desarrollándose con actividad tan febril que, bien dirigidas, en pocos años pueden transformar por completo este vasto imperio en una potencia de primer orden, levantando á gran altura el bajo nivel de su civilización material. Aun no ha salido el mundo del asombro que le produjeron el magnífico despertar y súbito engrandecimiento del pueblo japonés. La historia se repite con frecuencia, y muy bien pudiera acontecer en China lo que acaba de suceder en el Japón.

Es indudable que para mover y empujar por las vías del progreso á un pueblo de más de cuatrocientos millones de habitantes se necesita una palanca colosal, y es, de todo punto, indispensable un tacto exquisito para aplicarla con tino y precisión matemática al verdadero punto de apoyo; pues es tal la heterogeneidad de los elementos que componen este vasto imperio, tan marcado el antagonismo entre chinos y manchúes, tan grande el descontento que reina en todas las provincias, especialmente en aquellas que han visto sus campos arrasados por recientes inundaciones y ahora están siendo presa y pereciendo víctimas del hambre, del frío y de la peste; y, finalmente, son tan débiles y se hallan tan carcomidas y agrietadas las viejas columnas que sostienen la ingente mole del edificio social chino, que el menor descuido, el menor desacierto, la menor desviación de la fuerza de empuje puede producir, en vez de un movimiento de avance, un cataclismo espantoso y un estado caótico y de anarquía.

Las dificultades que entraña el problema de reformar la China suben de punto y se acrecientan debido á las malhadadas disensiones y encontrados pareceres que pululan dentro del campo reformista. En él militan, de una parte, los progre-

sistas moderados que quieren, sí, «reformas y progreso», pero reformas y progreso que sean compatibles con el estado del país y respetando siempre los poderes constituidos; y de otra, los radicales, quienes, á todo trance, de golpe y porrazo, desean implantar toda clase de reformas, algunas de las cuales serían evidentemente prematuras y perjudiciales al bienestar de la nación, y sin que les arredre el tener que perturbar necesariamente la paz pública con el empleo de medios revolucionarios para destronar la dinastía reinante, destronamiento que ellos exigen como punto de partida de las reformas á tutiplén con que han de inundar la China. Estas impacencias y estos ímpetus radicales, trasunto fidelísimo del exaltado y mal entendido patriotismo que anima á muchos de los jóvenes chinos educados en el extranjero, sobre todo á los que estudian ó han estudiado con maestros japoneses, son, en las actuales circunstancias, sumamente peligrosos y un óbice no pequeño para que la implantación de las reformas pueda llevarse á cabo sin temor á los males que acompañan siempre á los cambios violentos de situación política, y con aquella serenidad y madurez de juicio que debe informar todos los actos de un gobierno, principalmente cuando éste se ve en la precisión de tener que orientarse y cambiar de rumbo para conducir por nuevos derroteros á un pueblo tan numeroso como ignorante y tan ignorante como fanático, rutinario y apegado á sus viejas tradiciones.

Hace tres ó cuatro años, cuando todos los actos y decretos imperiales iban marcados con el sello innoble de un oscurantismo desconsolador y vergonzoso, hubieran sido disculpables, hasta cierto punto, los conatos antidinásticos de los que se titulan «progresistas radicales»; mas hoy que, según todas las trazas, el Gobierno de Pekín se ha hecho progresista convencido, resulta soberanamente absurdo, ridículo y antipatriótico el recurrir á la revolución en demanda de reformas. Esos jóvenes inconsiderados y fogosos harían un gran servicio á su patria secundando los esfuerzos que está haciendo su Gobierno por mejorar las costumbres y perfeccionar la legislación del imperio. Pero en tanto que no depongan esa actitud amenazadora y hostil á las instituciones, lejos de ser un elemento progresista se convierten en un obstáculo gravísimo para la implantación inmediata de las reformas. Y es muy lógico que

así sea; pues nada más natural que, en caso de alguna intenciona por parte de dichos jóvenes revolucionarios, el Gobierno tenga que suspender el estudio y planteamiento de las reformas y reconcentrar todas sus fuerzas en la pronta represión y castigo inmediato de los alborotadores y revoltosos.

Reconozco, pues, la magnitud de la empresa de transformar la China en un país próspero, y las dificultades de que está erizada su realización. Así y todo, abrigo la convicción más íntima de que, en un plazo, de tiempo, relativamente corto, el partido moderado ha de ver cumplidas sus fervientes aspiraciones y sus justísimos deseos de progreso y de mejoras satisfechos. Ha llegado la hora de despertar; ha sonado la hora de las reformas, y China despierta de su letargo secular, China comienza á entrar francamente y de lleno por las vías de los adelantos modernos, China progresará y se reformará.

Y no se diga que mis apreciaciones son puramente subjetivas, hijas, tal vez, de un optimismo bonachón, ó engendradas por el noble deseo de que la China salga cuanto antes de la postración y atraso en que hoy se encuentra. No; lo que se ve, lo que se palpa no es ni utopía, ni sueño, ni ilusión. ¿Crear yo, de buenas á primeras y sin un fundamento sólido, en el triunfo decisivo y cercano de las ideas reformistas en China? Jamás tal hubiera sucedido, á no verme precisado á ello por la lógica incontrastable de los hechos, por la fuerza abrumadora de la realidad que se impone. Estos hechos son: la firmeza, tesón y constancia con que los moderados defienden y van desarrollando su programa; la robustez que éste les da y las simpatías que inspira; la justicia y nobleza del ideal que persiguen, y, en una palabra, los aprestos de todo género con que cuentan para llevar á feliz término la campaña emprendida. Si á pesar de estos hechos, que revelan una organización de partido fuerte, compacta é invencible, alguien dudase del éxito brillante, del triunfo en toda la línea que están en vísperas de alcanzar los moderados, aun me sería dado añadir, en corroboración de mi tesis, pruebas tan directas y contundentes como las que siguen.

En las amenísimas y chispeantes cartas del P. Hospital, que tan á fondo conoce y tan hábilmente pinta los usos y costumbres chinos, han leído ya los suscriptores de *ESPAÑA Y AMÉRICA* varias disposiciones oficiales que modificaban en sentido progresista el antiguo plan de estudios. El primer paso que

dieron los reformistas, y también el primer triunfo alcanzado, fué obtener un decreto imperial mandando que en todos los centros de enseñanza se cursasen, además de las asignaturas tradicionales, otras más modernas que ellos llamaban «occidentales» ó «europeas.» Conseguido esto, ya les fué cosa fácil el recabar del Gobierno la creación de colegios á la europea, donde se enseñasen todas «las ciencias occidentales» por métodos ídem; lo cual equivalía á dar el golpe de gracia á los trasnochados y primitivos métodos de enseñanza. Hoy por todas partes se nota el afán de «europeizarse», y en todas surgen y se multiplican los nuevos colegios de una manera prodigiosa y casi alarmante.

Con ser tan marcados y considerables los cambios y mejoras introducidos últimamente en la Instrucción pública por el Ministerio del ramo, aun son más salientes los realizados por el Ministerio de la Guerra. Recuérdense, si no, las maniobras militares que, el otoño pasado, tuvieron lugar en la provincia de Petchili, las cuales fueron la admiración de cuantos estratégicos las presenciaron, y una prueba palmaria de la facilidad con que el ejército chino, dotado, en su casi totalidad, de armas y equipos modernos, ejecuta á la perfección todos los movimientos y evoluciones militares, de conformidad con las últimas reglas y exigencias del arte de guerrear. Aunque la organización del ejército absorbe principalmente los cuidados del Ministerio de la Guerra, éste no se olvida de la Marina, como lo patentizan los barcos construídos en el Japón y la reciente creación de dos escuelas navales, una en Tientsin, y otra en Shanghai.

En el tendido de ferrocarriles es mucho lo que se trabaja y grande el entusiasmo que reina en todas las provincias por aumentar más y más esta clase de comunicaciones, siendo de notar la oposición que hacen, tanto el Gobierno central como los provinciales, á que las empresas con capital extranjero tomen á su cargo la construcción de las numerosas líneas en proyecto. Quieren los chinos que la explotación de ferrocarriles sea exclusivamente nacional, é, indudablemente, lo conseguirán, como lo conseguiría España, si los gobiernos que nos des gobiernan fueran más patriotas y menos egoístas.

Interminables resultarían estos desaliñados renglones, si hubiera de proseguir enumerando las importantes reformas

políticas últimamente introducidas en los diversos centros y organismos del Gobierno imperial. Hánse promulgado nuevas leyes, aplicado nuevos reglamentos administrativos, suprimido tribunales inútiles y creado otros nuevos más en armonía con las necesidades del país; se ha reducido el excesivo personal que vivía de la holganza, á sus anchas y á cuenta del vecino, en las diversas oficinas del Estado, incluídas las de los ministerios, en cada una de las cuales había dos ministros y cuatro viceministros, que han sido rebajados á uno y dos, respectivamente. También se ha organizado el Cuerpo de policía y se han llevado á cabo otros cambios y mejoras de no escasa importancia. Como se ve, las reformas comienzan á estilo Maura, lo cual es prueba segura de que han de ser verdaderas y estables, como lo son siempre las que comienzan de arriba abajo, por la cabeza.

Shanghai, 18-8, 1907.
